

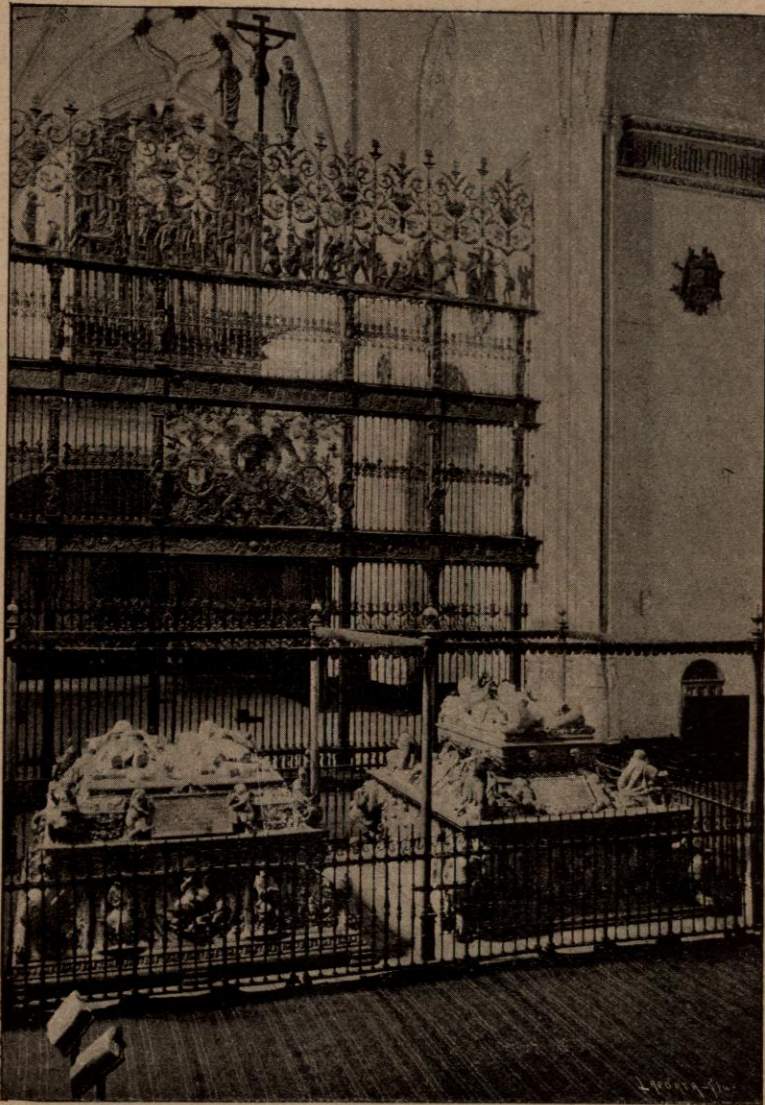
ORACIÓN PANEGÍRICA

QUE PRONUNCIÓ EN LA FIESTA RELIGIOSA CELEBRADA EN LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA, EL DIA 12 DE OCTUBRE, EL ILLMO. SR. D. JOSÉ DE RAMOS Y LÓPEZ, PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTIDAD Y ABAD DE LA INSIGNE IGLESIA MAGISTRAL DEL SACRO-MONTE.

Excmos. é Illmos. señores:

La tierra da imperios; solamente el cielo da gloria á los reinos. Esta gloria consiste en los grandes hombres que los ilustran, en las empresas que han dilatado sus horizontes y han abierto nuevos senderos á los conocimientos humanos. Ninguna nación como la española—decímoslo con orgullo—puede registrar en sus anales hechos más portentosos y culminantes, ni ostentar una pléyade más esclarecida de hombres eminentes que trabajaron por la civilización moral y material y por todo género de progreso.

Pocos son los que ignoran que los soldados dominadores del mundo se vieron varias veces humillados en nuestra Península, poniendo en peligro la seguridad y pujanza del imperio. España fué la que ejercitó por veinte años á las legiones romanas con la afrentosa guerra de Viriato. España fué la que, con las cenizas de Numancia, puso terror en Roma y abatió la soberbia de los conquistadores. España, por último, la que obligó á Pompeyo á indignas capitulaciones; la que acabó con tantos Cónsules y



CAPILLA REAL

Pretores, y mantuvo por un lustro indecisa la victoria, bajo la pericia militar de Sertorio.

Seguid el curso de los siglos, y, en medio del trastorno general que reina en casi toda Europa, hallaréis la realización de un suceso transcendental, que forma época en la vida política y religiosa de este afortunado reino. Tal fué la conversión de Recaredo á la Religión católica en el siglo VI, que, para solemnizarla, ordenó la celebración del Concilio III de Toledo, declarando en plena asamblea, en su nombre y en el de la Reina, que abjuraba del arrianismo y ponía sobre su cabeza y sobre su corazón la fe cristiana y el símbolo de Nicea. Así triunfó el principio religioso, el emblema de la verdadera civilización, que se había anunciado en Judea, que subió con Constantino al trono de los Césares, y, depurado de la herejía al cabo de algunas centurias, se asentó puro y sin mancha en el solio español.

Por desgracia, la unidad política y religiosa, que germinó en Toledo—á cuyo influjo debían identificarse los sentimientos de los españoles, conduciéndolos á la defensa de sus derechos y á la conservación de sus nobilísimos títulos, adquiridos á costa de tantas proezas—, no podía desarrollarse pacíficamente, ni consolidar la obra regeneradora, porque la Providencia reservaba á nuestra nación nuevo período de lucha, tan ominoso como el de las persecuciones del gentilismo y tan perturbador como el de la invasión de las tribus del Norte. Ya habréis adivinado que ese período es el de la dominación agarena. Sin embargo, durante esa guerra prolongada á través de siete siglos, teatro nuevo abierto á la actividad de una raza heroica é indomable, el ánimo se conforta y la esperanza se recrea en la contemplación de los Monarcas castellanos, que lucharon con denuedo por nuestra independencia, por el triunfo de la fe católica y el restablecimiento de la civilización, cuyos triunfos habían de coronar los esfuerzos de los Reyes Católicos en la reconquista de esta ciudad.

Señores: Los tres períodos, superficialmente delineados, bastarían por sí solos para demostrar todo el poder y la grandeza de la nación Ibérica; pero faltaba otra joya á su hermosa corona. En efecto: si grande es España por tan laureados triunfos, y singularmente por haber arrojado de su seno las hordas africanas, es más grande todavía por haber sacado del tenebroso mar regiones inmensas, por nadie hasta entonces exploradas, y colocado en ellas el estandarte de Castilla. Saludemos con toda la efusión de nuestra alma el pensamiento de Colón, y confesemos que nosotros no pudimos menos de descubrir á América, y América no pudo menos de ser descubierta por nosotros en el plan providencial ó lógico de la humana historia.

Tan colosal empresa requería un genio que adivinase la obra y sus resultados; un hombre dotado de sabiduría, de valor y de virtud—prendas necesarias para la nueva redención—, y el auxilio de Monarcas poderosos, en cuyo corazón ardiese la llama de la fe, la cual avivara los sentimientos de generosidad y patriotismo.

He indicado el asunto de esta oración panegírica, que puede condensarse en la proposición siguiente: *La fe y el patriotismo de los Reyes Católicos, unidos á la ciencia y al valor de Colón, sacaron del Océano el nuevo continente, para esplendor de la Religión y engrandecimiento de España.—Ave María.*

I

«La Iglesia católica, por costumbre y por ley, aprueba siempre de buen grado todo lo que es honesto y laudable, y se esfuerza en protegerlo y fomentarlo. Cierto que Dios es admirable principalmente en sus Santos; pero las huellas de la virtud aparecen también impresas en aquellos en quienes resplandece la luz del genio y la elevación del alma, porque estas dotes extraordinarias sólo proceden de Dios, primer autor y creador de todas las cosas.» Son palabras de nuestro Santísimo Padre León XIII.

Ved aquí el motivo que nos reúne en esta hermosa Basílica, ante la augusta presencia del Verbo divino: el que está nota religiosa—destello de la fe cristiana—forme dulce concierto con las honrosas manifestaciones que se preparan en América, Italia y España, en memoria y celebridad del descubrimiento del Nuevo Mundo. Elegido yo, con gran confusión mía, para ser el intérprete de los sentimientos del pueblo granadino, voy á ocuparme, con la brevedad posible, de la grandeza moral de los personajes que el cielo se sirvió designar para apoderarse del ignorado hemisferio, con cuya adquisición se había de completar la ciencia y la propagación del Evangelio.

Cristóbal Colón no fué simple aventurero, ni fanático, ni loco. Él pudo decir como Salomón: *Escuchad, porque de cosas grandes os he de hablar. Justas son todas mis razones; no hay en ellas cosas malas y depravadas. Recibid mis documentos; elegid la doctrina antes que el oro, porque mejor es la sabiduría que todas las riquezas.* Cuando el ilustre genovés, con aspecto humilde, pero revestido de serenidad, y uniendo á la elocuencia natural la del convencimiento, se presentó á los doctores de Salamanca y Córdoba para exponer su ideal ó su proyecto—que aparentemente estaba en contradicción con la ciencia de aquella época—, no pudo menos de interesar vivamente á los sabios que le escucharon, viendo en el pobre geógrafo al hombre versado en las Sagradas Escrituras, en los Padres de la Iglesia, y, con especialidad, en Aristóteles, Séneca, Strabon y Raimundo Lulio. Sus conferencias con el gran Cardenal Mendoza, con el doctísimo franciscano Diego de Deza y con el prior del convento de la Rábida, demostraron su extraordinaria competencia en los conocimientos geográficos, astronómicos é históricos. Contemplativo—dice uno de sus biógrafos—, estudioso, de inclinación piadosa desde su juventud, arrebatábale su genio á los espacios, no sólo para descubrir más, sino para adorar más. Lo que en último término buscaba Colón en la obra de la naturaleza era á Dios, resultando de aquí una verdad experimental: que la ciencia es la conquistadora universal, con gloria y provecho de todos.

La ciencia sin valor puede ser mina fecunda de riquezas intelectuales; pero el valor y la sabiduría producen los descubrimientos y las conquistas. La honra, la justicia, los principios, las opiniones, las leyes, la patria, son los grandes motivos del valor; es el nobilísimo abogado de las buenas causas. La grandeza del alma se descubre así en la pobreza, como en el fausto, en los esplendores del poder, como en la obscuri-

dad del infortunio; pero, donde brilla mejor es en los peligros. Aquí es donde vamos á estudiar la fortaleza del Almirante. Consideradle desde el día 3 de Agosto hasta el 12 de Octubre que arribó á las playas americanas, sufriendo el embravecimiento de las olas y las imprecaciones de los marineros, y, ni el clamoreo de la gente abate su espíritu, ni aquel mar, que parecía infinito, altera la serenidad de su rostro; se enfurece, se obstina, violenta el genio de la invención, manifiesta la locura de la esperanza, el heroísmo del trabajo, y es recompensado, triunfa é ilustra y engrandece á España... Ni Jeroboam, que restableció los términos de Israel; ni Alejandro, ante quien la tierra, atónita de sus victorias, no se atrevió á resistirle; ni Judas Macabeo, que salió victorioso de tantos enemigos; ni César, disponiendo del poder de la república, triunfante en España y en las Galias, llegaron al grado de valor que mostró Colón antes y después del descubrimiento.

Y para que nada le faltara tuvo la sublimidad de la fortaleza en la desgracia, y el que había despreciado la vida en aquel mar desconocido y lleno de fantasmas, llega á Sevilla aherrojado, extenuado y moribundo de cuerpo, pero invencible de espíritu é inmortal por la voluntad y la esperanza.

También le acompañó la virtud, ó sea la disposición del alma para el cumplimiento de la ley evangélica, el amor y el temor de Dios. La virtud y el sacrificio. El sacrificio voluntario, el sacrificio buscado, aceptado, ofrecido, propio es del cristianismo. El sacrificio ofrecido por otros, propio es de los hijos de Dios. Allí donde halla una idea salvadora, un interés de nobleza, de alta honra y de preclaros merecimientos, allí estará y estará sancionándolo todo el espíritu civilizador del cristianismo. Este espíritu de sacrificio fué el que informó la vida moral y política de Colón; mostrándose ortodoxo y verdaderamente católico, en sus palabras, en sus escritos y en sus devociones diarias. Discurra lo que quiera la crítica sobre las faltas de nuestro héroe, siempre habrá de reconocerse el primordial cuidado con que buscó el reino de Dios y su justicia en su empresa sin rival del descubrimiento de América. La piedad de su alma, enriquecida desde muy temprano con las virtudes teologales, muéstrase tal cual es en el relato de la visión que tuvo en la costa de Veragua: «Cansado me dormecí gimiendo, dice, una voz muy piadosa oí diciendo: ¡Oh estulto y tardo en creer y servir á tu Dios, Dios de todos! ¿Qué hizo Él más por Moisés ó por David sus siervos? Desde que naciste, siempre Él tuvo de ti muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que Él fuera contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias que son parte del mundo tan ricas, te las dió por tuyas: tu las repartiste á donde te plugo y te dió poder para ello. De los atamientos de la mar oceána que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dió las llaves y fuiste obedecido en tantas tierras; y de los cristianos cobraste tan honrada fama... no temas, confía: todas estas tribulaciones están escritas en piedra de marmol, y no sin causa.»

La virtud ó el espíritu religioso del Almirante, lo ha descripto con su habitual elocuencia el sabio Pontífice que gobierna hoy la Iglesia. «El principal propósito de Colón, ha dicho, fué siempre, como lo demuestra la historia, el extender por Occi-

dente el nombre de Jesucristo y los beneficios de la caridad cristiana. Así, al dirigirse por primera vez á los Reyes Católicos para que no desmayasen ante la magnitud de la empresa, les expuso abiertamente *cuán imperecedera sería su gloria, llevando el nombre y la doctrina de Jesucristo á tan remotas regiones*. Y satisfecha debía estar la conciencia del Almirante cuando dirigió á un su amigo de Lisboa estas palabras: *Demos gracias á Dios, que nos otorgó benigno tan prospero suceso: gozese y triunfe Jesucristo en la tierra y en el cielo, pues está tan proxima la salvacion de muchas gentes.*»

Señores, el hombre virtuoso que lleva á Dios consigo y á quien circunda, como vestidura blanca y pura, la luz del inmortal destino que le está preparado, conoce su pequeñez, se humilla y no hay situación próspera ó adversa en que no dé pruebas de rectitud y justificación. Al ofrecer Colón al cielo el último sacrificio, el de su laboriosa vida, los ojos de su espíritu se vuelven á Jerusalén, y poniendo en sus labios las últimas palabras de Jesús: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*, entregó su alma al Hacedor Supremo. Siervo satisfecho de su obra y despedido del mundo visible que había ensanchado, marchaba al mundo invisible á recibir la recompensa de sus virtudes.

II

No puede recordarse al descubridor de América, sin que se vengan á la imaginación los dulces nombres de Isabel I y Fernando V. Estos tres personajes, que sirvieron de instrumento á la Providencia para la realización del suceso más grande de la historia, estuvieron unidos por el influjo de una misma inspiración, casi de una Profecía: juntos llevaron el nombre y la cultura española á los confines del Occidente, y juntos reinan en el cielo, abrasados en el amor de Dios puro é infinito; recibiendo los homenajes y bendiciones de la tierra. De Granada partió la redención del Nuevo Mundo: los astros que presenciaron las conferencias habidas en Santa Fe, son testigos mudos, pero elocuentes, de la fe, del desprendimiento y del patriotismo, que mostraron en todos sus actos y palabras los monarcas católicos. Sus huesos, humillados por la muerte, saltan hoy de regocijo en el sarcófago de la gótica capilla: y al hacer el recuerdo de sus brillantes hechos, parece que aspiramos algo de sus almas en este ambiente sagrado, que repercute bajo estas bóvedas su misma voz y nos transmiten su amor á España y á la religión.

¿Cómo habían de pensar los conquistadores de Granada que la metrópoli del imperio musulmático, que acababan de ganar para el cristianismo, había de ser una adquisición insignificante en comparación de las inmensas posesiones que allá en otro continente habían de conquistar sus armas y con que habían de enriquecer la corona de Castilla? ¿Y cómo habían de pensar en la conquista de otro mundo, si ignoraban que ese mundo existía? Y, sin embargo, había otro mundo, que la Providencia tenía des-

tinado á engrandecer la nación que más que otra alguna del globo había luchado con heroísmo, con constancia y con fe contra los enemigos de la religión y del nombre cristiano. Los piadosos y afortunados príncipes á quienes estaba reservada esa gloria eran Isabel y Fernando.

¿Qué resorte ó virtud movió la voluntad de los augustos esposos para ofrecer su autoridad y sus tesoros al nuevo Josué que debía acometer tan arriesgada empresa? La virtud que informó los primeros pasos de su vida, que presidió la ceremonia de su coronación, que los guió en sus expediciones y combates, que los libró de los sarracenos sus enemigos, que les dió gloria durante su vida, luz y esperanza al bajar al sepulcro: la hermosa fe católica. Pero no la fe que se detiene en el conocimiento, sino la fe amante y operadora: porque cuando se busca y adora lo que se cree, el alma creyente sale del éxtasis, es activa y aspira á que Dios sea conocido y reverenciado de todas las criaturas. Por eso, la piadosa intuición de Colón busca la fe de Isabel y Fernando, y al choque de estos sentimientos se produce idéntica y sublime aspiración, la de llevar el Verbo Divino á los confines del planeta; que ese Verbo, que es la verdad, dé la vuelta al mundo para iluminar los entendimientos, así como la luz del sol ilumina todos los cuerpos.

El tratado entre los Reyes y Colón quedó firmado en Granada el 17 de Abril de 1492; tomando Doña Isabel por sí sola y á cargo de su reino de Castilla los gastos de la expedición. Corresponde á los príncipes y á los grandes el alivio de los pueblos cuando urge la necesidad y el aprontar generosamente sus tesoros cuando se trata de alguna empresa que ha de redundar en provecho de la nación. ¿Qué hubiera sido del sueño, de la esperanza y de la invencible fe del insigne piloto si no hubiera hallado la protección que en España se les dispensó? Pero no hay que temer; si el Rey se encuentra receloso en atención á lo agotado que habían dejado el erario los gastos de la guerra, Isabel se sobrepone á los temores de su esposo diciéndole: no expongáis el tesoro de vuestro reino de Aragón; yo tomaré esta empresa á cargo de mi corona de Castilla, y cuando esto no alcance empeñaré mis alhajas. Magnánima y generosa resolución que decidió de la suerte de Castilla, que había de engrandecer á España y difundir los nombres de aquellos monarcas sobre todos los ámbitos del globo.

Nuevo diamante brilla con extraordinario fulgor en la corona de los vencedores de Boabdil; ese diamante es su grande amor á España. Aunque es instintivo en todos los hombres—sea cualquiera el país en que han nacido—el amor á la patria, el más bello y moral de todos los instintos, la religión cristiana ha hecho de ese sentimiento un amor principal, dando á nuestros conciudadanos el primer derecho á nuestro cariño. En la conducta que observaron desde el comienzo de su reinado hasta la muerte, en las expediciones militares, en las leyes que promulgaron, en las instituciones á que dieron vida y en la protección que dispensaron á la iglesia y á las letras, en todo apareció su acendrado amor á la nación española; amor de más subido precio que el que Judit tuvo á Betulia, el de los Asmoneos á la Palestina, el de Pompeyo á Roma, el de Carlo Magno á Francia y el de Juan I á Portugal.

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANIC AMERICANOS

LIBRERÍA DE ESTUDIOS

Después de la reconquista de Granada, todo parecía poco á Fernando é Isabel para su patria: y al proponerles Colón la exploración de tierras desconocidas, vieron ya en la densa niebla del poniente dormir en blando reposo una tierra peregrina, y

Evocado por la cruz
Levantarse un nuevo mundo,
Allá en el lecho profundo
Donde agoniza la luz.

Su espíritu recobra nueva y sublime energía, no por la ambición de adquirir otros imperios y poseer mayores riquezas, sino por la propagación del Evangelio y la conquista de muchas almas para Jesucristo. Desde el campamento de Santa Fe parece que escuchan las alabanzas que en las regiones americanas habían de tributarse al verdadero Dios y á la venturosa nación española, creciendo su entusiasmo á la medida de su fe.

No se equivocaron; las opulentas ciudades que, como estrellas de primer orden, brillan en el nuevo y extenso continente, sus volcanes, sus montes y sus valles, sus fuentes y sus ríos vienen repitiendo y celebrando los nombres de los Reyes Católicos de España y del inspirado y valeroso genovés que sacó del profundo piélago la virgen América. Si el tiempo que todo lo cambia, las revoluciones que violan los pactos y juramentos, la ingratitud que petrifica los corazones han sido causa de que América reniegue de su origen, desdeñando como el hijo pródigo el plácido ambiente de la casa paterna, la historia acreditará siempre que España la sacó del sepulcro de la ignorancia, de la esclavitud y del politeísmo, dándole participación entre los pueblos cultos y libres; que España, aunque repudiada, es la que le dió el ser, es su madre, y nosotros somos sus hermanos.

Excmos. é Illmos. señores,

Ya véis lo que la fe y el patriotismo de los reyes conquistadores de Granada y la ciencia y el valor de Colón alcanzaron hace cuatro siglos, como consecuencia de haberle revelado Dios al hijo del cardador de Génova la existencia de una nueva tierra de promisión, vaticinada por algunos, codiciada por muchos, ignorada de todos, y ante cuyo descubrimiento la ciencia, las majestades del mundo, los exploradores y los genios más esclarecidos han inclinado la frente, tributando alabanzas íntimas á Dios y honor á la gran figura de Colón, jefe é iniciador de la portentosa obra y de los progresos que la han seguido. Las generaciones que nos han precedido en ese venturoso período, emuladas en tan nobilísimo ejemplo, más amantes que nosotros de la religión y de la patria, continuaron con fe la obra del Renacimiento, edificando en el orden intelectual y material. A ellas debemos los monumentos de la ciencia teológica y jurídica, de la historia, de la crítica y de la elocuencia; los monumentos sagrados y profanos que honran á los arquitectos españoles y causan admiración á los extranjeros; los no menos valiosos y excelentes de la pintura y escultura. Más felices que nuestros padres, poseemos el fruto de su trabajo, que nos pone en comunicación

con aquellos sabios, con aquellos guerreros, con aquellos navegantes, con aquellos artistas del inolvidable siglo XVI.

No basta encomiar á los hombres y sus obras, levantar estatuas para perpetuar su fama, envanecernos de nuestra alcurnia y despertar del sueño á los muertos para glorificarlos. Tal vez pudieran decirnos: «Estos nos honran con sus labios, pero su corazón está muy lejos del nuestro.» Es preciso infiltrar en nuestra sangre el espíritu de nuestros abuelos, espíritu de religión, de nacionalidad, de abnegación, de noble altivez y de verdadera libertad; el espíritu que alentó á Colón, que creó la espléndida civilización y que hizo de nuestra patria la nación más formidable y poderosa de Europa, la que el sol acariciaba á toda hora con los besos de su luz.

No reneguemos de nuestra prosapia, seducidos por ideas peregrinas—pero falaces y perturbadoras—que vinieron de otras regiones, ni malgastemos la rica herencia de virtudes cívicas que nos legaron nuestros mayores, empobreciendo el nombre, los timbres y la historia de las hazañas españolas.

Que al poner su planta en nuestra ciudad la egregia dama, madre amantísima del ídolo de esta nación, el rey D. Alfonso XIII, para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América, procuréis se halle rodeada de los ilustres varones que formaron la corte de Isabel I. No hay necesidad de resucitarlos; vosotros podéis desempeñar tan importante papel, puesto que habéis heredado la hidalguía, la caballería y el digno continente de aquellos nobles cortesanos.

El Dios de los ejércitos reciba esta solemnidad religiosa como homenaje de amor y gratitud por sus misericordias, cuyo santo nombre alaben eternamente todas las criaturas. Él nos conceda su gracia y bendición en la tierra y un lugar con los reyes y Colón en la bienaventuranza. Amén.»



MIRADOR DE LA SULTANA